

á su modo, teniendo sus Caciques y sus pueblos ó rancherías de doscientas ó trescientas casas de adobe y de paja. No tenían religion, y no usaban sacrificios; pero se creyó que sus sacerdotes, que eran hechiceros, hablaban con el demonio, y pareció que se encontraban en sus tradiciones algunas pruebas de que en algun tiempo habían tenido algun conocimiento de la creacion del mundo y del diluvio. Decían que tres personas habían creado el universo: que las aguas habían cubierto toda la tierra: que de aquel diluvio solo un viejo había escapado, quien había fabricado una canoa grandísima donde se había él embarcado con toda su familia, y metido en ella animales de todas especies. Añadían á esto, que decía la historia del cuervo y de la paloma, lo de la embriaguez del viejo y el delito de sus hijos, como se refiere en el Génesis, con la excepcion de que á aquel anciano le daban dos hijos no más: el uno, que vino á ser padre de los que andaban desnudos en virtud de la maldicion que le echó su padre, y que de él procedían los indios de estas tierras; y el otro, por haber alcanzado la bendicion de su padre, era el padre de los que traían vestido, y de él habían procedido los castellanos. Vinose á descubrir esta tradicion de aquellos indios, porque riendo un dia Gabriel de Cabrera con un indio viejo, de más de seten-

ta años, le trató de perro indio con mucha ira, y éste le replicó: « ¿Por qué me llamas perro? « ¿no somos acaso hermanos y descendientes « de los hijos de un hombre anciano que hizo la « nao grande para salvarse de una grande inun- « dacion? » Hizole fuerza á Cabrera este razonamiento, y despues de varias preguntas y repreguntas que le hizo al indio, sacó lo que he referido; y como le pareció tan singular esta noticia, y tal vez que no le habían de creer sobre su palabra, dispuso que el mismo indio refiriese esto mismo delante de los castellanos, quienes sacaron las consecuencias que quisieron. Por lo que á mí toca, suponiendo que esta relacion fué verdadera, como de facto así me lo parece, no hallo en esto cosa alguna de que nos debamos admirar, puesto que ya hacia algunos años que los españoles conocían la Isla de Cuba: el Almirante Don Cristóbal Colon la había reconocido en su primer viaje, y desembarcado en ella había sacado de allí algunos indios y lleváolos con él á la Española: á más de eso, en diversas ocasiones se había tentado ir á ella á hacer algunos reconocimientos, por donde es muy factible que este indio viejo hubiese sabido de algun castellano lo que refirió á Gabriel de Cabrera.

Con todo, hay mucha apariencia que los antiguos habitantes de la isla de Cuba tenían algunas

nociones de la otra vida, y en los de las demás islas ninguna noticia se les advirtió, ó si alguna tenían, no sabían explicarse bien sobre lo que sentían de la inmortalidad de las almas. Y esta conjetura se funda en lo que le sucedió al primer Almirante de las Indias D. Cristóbal Colon en su segundo viaje, cuando fué costeando y arribando á Cuba. Cierta dia que estaba oyendo misa en aquella isla, le vino á visitar un Cacique viejo y á regalar algunas frutas de su tierra. Se sorprendió mucho el tal Cacique con la novedad que le causó lo que veía del respeto y veneracion que notó en los castellanos: no se atrevió á interrumpir el santo sacrificio de la misa; pero acabada ésta, despues de haber saludado al Almirante, se sentó junto á él en el suelo y le habló en estos términos, que refieren Herrera y Pedro Mártir de Anglería y otros autores:

« Tú has venido á estas tierras con grandes
 « fuerzas; no las conocias, y en ellas has cau-
 « sado grandísimo terror; pero sabias que noso-
 « tros creemos que despues de esta vida hay otra
 « y que no van las almas todas, despues que sa-
 « len de los cuerpos, á un mismo paraje; que las
 « que han vivido bien, y sobre todo las que han
 « fomentado la paz y el sosiego de los pueblos,
 « van á dar á un lugar lleno de delicias, donde
 « gozan de todo género de bienes y dulzuras con

« abundancia; y que las que no han vivido bien,
 « que han turbado la quietud pública y se han
 « complacido en la confusion y en el desórden,
 « serán precipitadas en un paraje tenebroso, en
 « el cual tendrán que sufrir muchos tormentos:
 « si piensas, pues, que algun dia has de morir,
 « y que Dios da el bien y el mal conforme á las
 « buenas ó malas obras, te guardarás mucho de
 « ofender á los que no te han hecho daño al-
 « guno. »

Colon se admiró mucho del razonamiento del Cacique, y se aprovechó de lo que le dijo para inspirarle al Cacique conocimientos más perfectos de nuestra religion, y á lo ménos le dejó alguna tintura de los misterios del cristianismo.

Año de 1512.—Tuvo mucho gusto el Almirante Don Diego Colon de los aciertos de Diego Velázquez en la conquista de Cuba, y sin dilacion de tiempo dió parte al Rey Católico de una nueva adquisicion de isla tan hermosa, grande y importante, sin grande efusion de sangre, lo que causó la mayor satisfaccion; pero por otro lado recibia, sin cesar, quejas del Almirante. Verdad es que, no obstante lo poco que lo queria, no dejaba de conocer que las más de estas quejas provenian de la envidia de sus enemigos, y con todo le pareció conveniente despacharle á su tio D. Bartolomé con una carta de creencia muy cir-

cunstanciada, en la que le indicaba todo lo que habia de practicar para agradarle en su real servicio, poniendo remedio y enmienda en ciertos puntos. Siempre habia conservado D. Barlolomé su empleo de Adelantado, y le añadió el Rey la merced de la tenencia de la isla de la Mona (por vida) con doscientos indios de repartimiento en la Española y el cargo del trabajo de las minas de Cuba, que le valia mucho.

Despues que los indios de la Isla de Cuba se dieron á la Corona de Castilla, como está dicho, no quedaron tanto tiempo privados de la administracion espiritual como los de la Española: tuvieron la fortuna de tener uno de los mejores ministros evangélicos que pasaron á las Indias, que fué el Lic. D. Bartolomé de las Casas, quien despues se hizo tan célebre por su celo y sus trabajos apostólicos, mirando siempre por la salvacion y conservacion de los indios, y pasó con el capitán Diego Velázquez, de quien era amigo, cuando fué á esta expedicion. Habia ido á Indias bien jóven; no hacia mucho que se habia ordenado de sacerdote y buscaba todas la ocasiones que se presentaban para señalarse en el ejercicio de su santo ministerio. Trabajó con grandes logros en la conversion de estos pobres isleños que acababan de subyugar. Los halló muy dóciles, y de tan bello natural, que decia, sin recelo, que

era mucho más fácil atraer al cristianismo á estos infieles, que el mover y obligar á los castellanos á vivir con cristiandad.

En efecto, los indios de Cuba eran muy pacíficos, como se vió en el buen tratamiento que hicieron al primer Almirante cuando descubrió su isla, y al capitán Sebastian de Ocampo cuando por orden del Comendador mayor de Alcántara (D. Nicolás de Ovando) la rodeó, y el acogimiento que hicieron á Ojeda y á otros capitanes que llegaron á ella llenos de trabajos.

Fueron muy devotos de nuestra Señora, desde que un marinero de la tripulacion del capitán Sebastian de Ocampo, que por el año de mil quinientos ocho, por orden del gran Comendador, fué á bajar ó dar vuelta á la Isla de Cuba, y no pudiendo, por enfermo, seguir, se quedó con aquellos indios y enseñó al Cacique alguna cosa de los misterios de nuestra santa fe y les inspiró la devocion á la Santísima Virgen.

Hicieron iglesia en su honor; la adornaban con muchas flores y enramadas por la mañana y en la tarde; iban todos los dias á saludar á María Santísima, y juntas las manos decian la Ave Maria y muy pocas palabras de la Salutation Angélica, quedándoles esta buena costum-

bre despues que sanó el marinero y se volvió á la Española.

El Cacique y su gente guardaron inviolablemente esta devocion á nuestra Señora, y en su honor compusieron cantares y bailes, repitiendo en ellos muchas veces ¡Santa María! Este Cacique, despues de su bautismo, que seria desde luego el año de quatro, porque el primer Almirante llevaba clérigo que se lo pudiese administrar, preguntó cómo se llamaba el señor grande de los cristianos que gobernaba en la Española, y le dijeron que el Comendador mayor: respondiéndole que así se queria llamar, algunos de los aficionados de Ovando le dieron este nombre, que es lo más probable, segun el orden de los tiempos en que esto pasaba; y esta devocion á nuestra Señora, introducida por medio de este marinero al Cacique Comendador y á su gente, puede corroborar lo que ántes tengo insinuado, que aquellos indios fueron enseñados por algunos castellanos en varios articulos de nuestra creencia; pero que por su rudeza no podian relatar con claridad lo que se les habia enseñado.

Con estos indios de tan bella inclinacion tuvo que explicar su celo puro y desinteresado el padre Casas. La santidad de su vida, su entereza en contener á los castellanos para que no abusasen de las ventajas de su conquista y no maltratasen

á estos nuevos vasallos, su ardiente caridad para con ellos, prendas fueron que le granjearon todo el amor y la confianza de aquellos pueblos. Con esto no tan solo pudo ganarlos al rebaño de Jesucristo, sino que fué de grande apoyo para que el establecimiento de los castellanos en la isla no se arruinase desde sus principios, que al fin no se pudo conservar despues, viéndose varias veces en visperas de su total ruina; pero por el ascendiente que este varon apostólico tuvo sobre los indios logró sostenerlo un poco más, pues le obedecian en un todo.

Al principio de este año de mil quinientos doce, miéntras que el capitán Diego Velázquez aseguraba su conquista de Cuba y el padre Casas trataba de la conversion de sus habitantes, se consagró el Obispo de San Juan de Puerto-Rico (el Lic. D. Alonso Manso, canónigo de Salamanca, que fué el primero que pasó á las Indias Occidentales en cumplimiento de su obligacion); tomó posesion de su mitra, y no contento de tener encomienda de indios, que habia pedido, quiso llevar diezmos personales; y resistiéndole los españoles de su diócesis, procedió contra ellos con censuras, y no pudiendo sufrir los desacatos que por esta causa le hicieron, volvió á España á quejarse: despues, no contento de su canongia en Salamanca, pasó otra vez á la isla de San Juan, con título de in-

quisidor de las Indias; y por evitar escándalos gobernó con sosiego, no tratando ya más de los diezmos personales. Algunos años despues fué á su obispado el Obispo de la Concepcion de la Vega, y sucesivamente los demás en sus respectivos destinos.

CAPITULO XXIII.

DESCUBRIMIENTO DE LA FLORIDA POR JUAN PONCE DE LEON: DAN MUERTE A DOS MISIONEROS DOMINICOS LOS INDIOS DE CUMANA: PRIMER DESCUBRIMIENTO DE LA MAR DEL SUR POR VASCO NUÑEZ DE BALBOA. AÑO DE 1512.

En este mismo año se descubrió la Florida, país situado en la América Septentrional sobre el Golfo Mexicano, que al Mediodía tiene el Mar Océano y la grande Isla de Cuba, distante veinte y cinco leguas no más: al Oriente tiene las islas Lucayas y Antillas. Forma la Florida una punta muy larga de tierra del continente de la América, y encorvándose hácia el Norte, no se sabe adónde va á parar. Tiene cincuenta leguas de latitud, y extendiéndose hácia el Sud, como cien leguas, y se pierde en la mar. La mayor parte de la costa de la Florida cae en el Golfo Mexi-